

# LA HENDIJA

Página mensual del Periódico ADELANTE

## Musas

Medardo Lafuente Rubio y Dolores Salvador Méndez se consagraron al magisterio. Ella, discípula de María Luisa Dolz, fundó en la ciudad la primera escuela nocturna para mujeres trabajadoras, nombrada Escuela Pública Carlos Manuel de Céspedes. Él, oriundo de Santander, España, enseñó desde las cátedras de Francés y de Literatura en el Instituto de Segunda Enseñanza; se destacó como periodista y poeta. En su casa, la Quinta Simoni, abrieron un colegio.

La historia de amor de ambos ha sido venerada por sus descendientes, pues alumbraron cinco hijos: Virginia, Mireya, Alma, Medardo y Lolita. Tuvieron uno de los primeros automóviles en Camagüey, el No 25. Medardo ganó el premio del Concurso de Poesía organizado aquí por el Centenario de La Avellaneda. Cuando se erigió la estatua a Agramonte, el 24 de febrero de 1912, fue uno de los oradores, y recibió un abrazo de Amalia. Miembro fundador de la Cámara de Comercio de Camagüey, falleció a los 54 años de edad, en 1938. Dos años después, la viuda publicó *Jornadas líricas*, poemario del amado, que en el 2016 reeditó la nieta Alma Flor Ada. Allí aparecen los siguientes versos:

## A Ignacio Agramonte

Al erigirse la estatua en el Parque Agramonte de Camagüey

Dios dijo: "Fiat Lux". La luz se hizo. [1]  
Cuba pidió valor. Nació Agramonte.  
Pidió la libertad más horizonte  
y un colonial imperio se deshizo.  
La voz de la conciencia habló un momento:  
"Ya la palabra libre! está en tu historia  
y aún debes a los tuyos prez y gloria". [2]  
Y erigió Camagüey un monumento.  
Quien hizo una proeza por combate  
y encarnó la cubana bazarria  
un poema de bronce merecía  
que cante la epopeya de un rescate.  
Por toda la región de tus amores  
regó el viento tu cuerpo hecho ceniza  
y hoy tu guerrera sangre fecundiza  
los árboles, las plantas y las flores.  
Si faltaron laureles a tus sienes [3]  
no faltarán por cierto a tu memoria  
que nada más para aumentar tu gloria,  
te faltaba un altar, y ya lo tienes.



Federico Salvador Arias, abuelo de Dolores Salvador Méndez, compró la Quinta a los Simoni Argilagos.

[1] Fiat Lux = en latín, hágase la luz.

[2] prez = honor, fama.

[3] sien = en el rostro, frente.

Fuentes:

-Archivo de Eduardo Labrada.

-Selección de poemas a Camagüey, del libro *Jornadas líricas*, facilitado por Alma Flor Ada.

## Al lector

A la herencia dedicamos *La Hendija*, desde los afluentes de la familia Lafuente Salvador, marcada por una tragedia, de la que nos cuentan dos testigos. Además compartimos el amor por los abuelos, desde la terquedad de una nieta, que continuó estudios en otro suelo, donde ha cosechado el respeto con el arraigo a su hogar camagüeyano.

## Viñeta

La autora de este cuento nació en Camagüey en 1938, nació y se crió en la Quinta Simoni, y desde joven llegó con su familia a Estados Unidos. Profesora Emérita de la Universidad de San Francisco, ha sido multipremiada por su obra literaria que abarca poesía, cuentos, teatro, memorias y no-ficción. En el 2008, la Asociación de Educadores Bilingües de California (CABE) estableció el premio Alma Flor Ada Teachership Award, entregado anualmente en su honor. Los recuerdos de su infancia han sido recurrentes en sus textos, y son el contenido de su libro *Tesoros de mi isla*, además de gran parte de sus memorias publicadas como *Vivir en dos idiomas*.

## Crónicas raras

Por Yanetsy León González

### Ojos al cielo

Alma Flor Ada tenía ocho años cuando cayó el avión. Era la mayor de las tres niñas de la Quinta Simoni. Mientras se duchaba sintió un clamor que le hizo treparse al inodoro, alzar la ventanita y ver a una multitud despavorida correr por la calle General Gómez. Enjabonada se puso el vestido y también corrió, por detrás de la casita de la bisabuela.

Volar era un sueño de los jóvenes de la época. Ella sabía que su tío y un amigo gustaban andar por las alturas. Cuando distinguió los números de las alas sintió un alivio porque no eran los del avión de Medardito.

Cada sábado los dos aventureros salían a volar, por eso en casa inventaban infinidad de pretextos para demorar la salida y tratar de impedir esa empresa. Aquel artefacto de madera les parecía demasiado frágil.

La madre de Alma Flor le bordaba a máquina en el mono del piloto un monograma dibujado por Lolita con las iniciales de él y las alas de un avión. Ya se le había hecho tarde, por la treta de las mujeres de la casa, se puso el overol con la insignia a medias, y tomó la guagua que paraba frente a la Quinta.

En febrero, Alma Flor nos contó que cuando Medardito llegó al aeropuerto no estaba su avión. El amigo lo tomó ya que el suyo no arrancaba, pero no informó del fallo. Se subió y sobrevolando la ciudad fue que el motor empezó a fallar.

"¡Qué bueno que no es mi tío!", pensó la niña. De ese pensamiento ha sentido pena porque un inocente estaba en peligro. Al llegar, su padre, que la secundaba, la levantó para que no viera el rostro verdadero de aquella tragedia.

Por Eduardo Labrada Rodríguez

Por años y no sé cuántos, una parte de la bajada de San Lázaro fue patrimonio familiar. Se denomina bajada de San Lázaro el otro lado del puente de ese nombre sobre el río Tinima, al principio o al final de la calle Santa Ana. Aun hoy el puente de San Lázaro es una magnífica obra de la ingeniería colonial, pues a pesar de siglos de existencia resiste con éxito los embates y el peso de un tiempo multiplicado muchas veces desde aquellos coches y carretones para los cuales fue hecho. Estoy seguro de que no pocos lugareños conocen el sitio.

En realidad, aquel no era un feudo hereditario, sino que un grupo de parientes construyeron allí sus viviendas por hallar el sitio amplio y cómodo para todos, además, porque en un grado que no he podido descifrar, esta generación mantenía relaciones familiares con Lafuente-Salvador, otra tribu que habitaba la Quinta Simoni, histórico y entonces carcomido caserón devenido casa solariega situada frente a la Plaza de La Habana, y a muy poca distancia de la bajada del San Lázaro. De ese entorno recuerdo que desde un portón abierto a la derecha de la casona existía una carrilera de empinadas casuarinas que bajaba hacia las márgenes del río, cosa de una cuadra de distancia.

Como es de suponer, estos vínculos generaron una peculiar cofradía de hermanos, tíos, nietos, primos y sobrinos de todas las edades y yo, aunque vivía al otro lado de la ciudad, no dejaba oportunidad de correr hacia ellos para disfrutar del espacio de la Quinta, y sobre todo del río, que sombreado por una galería de árboles tenía a la derecha del puente una magnífica poceta. Bajo el puente aprendí a chapotear sin hundirme, coleccionar guajacanes, nadar junto a mis perros, temerle a las negras inundaciones y

cuidarme de los remolinos de espuma cuando el Tinima, no siempre manso, embravecía.

Un día de los tantos, chapoteando bajo el puente, escuchamos el motor de una ligera avioneta sobrevolando a baja altura la casona de la Quinta, cosa nada extraña, y a lo que ya estábamos acostumbrados, pues se trataba de Medardito, Medardo Lafuente Salvador, el joven aprendiz de piloto que tenía su familia en la Quinta y acostumbraba, en sus prácticas, cruzar por allí para saludar con cada vuelo.

Pero en nuestro recuerdo quedó la impresión de que entonces le escuchamos, nos pareció demasiado cerca de nosotros y luego, al instante, el estruendo, el desgarramiento de metales y gritos no sé de dónde. Saltamos del agua, nos vestimos como pudimos y nos lanzamos a campo traviesa hacia la casa envuelta como en un torbellino de polvo y hojas.

El tiempo ha de crear fantasmas en la memoria. Creo que tardamos en llegar apenas tres minutos, pero ya el lugar estaba lleno de personas que sacaban un cuerpo de entre los restos de la nave que más allá de las copas de los árboles fue a enterrarse de nariz en un espacio abierto de cultivos, soltando un ala como evidencia del fuerte impacto. La cabina estaba aplastada y había sangre por todas partes, la suficiente como para quitarnos el sueño por muchos días.

Muchas veces he pasado por el lugar, pero hace poco no fui a mirar, sino a ver al otro lado de la memoria. De toda aquella familia solo queda allí una brizna. La poceta hace rato que no existe. Tampoco los árboles ni el pinar. Rescatada en el tiempo, la casona de la Quinta Simoni se ha convertido por derecho en Monumento Nacional y atractiva Casa de la Mujer Camagüeyana. En el patio, en vez del bullicioso convite de familias y correteo de niños que allí vivían hallé un silencio conventual. Y entonces ocurrió que afuera, en el patio, hacia los árboles orillados más acá de la ribera del río, en un aleteo de brisa y tal vez por ser el recuerdo más vivo, en un segundo creí ver pasar la sombra de la nave de Medardito, empeñado aún, a pesar de todo, en aquel adiós que le costó la vida el jueves 30 de agosto de 1945.



## El cuadradito azul

Por Alma Flor Ada Lafuente

Una vez, érase que se era... un cuadradito azul. Su madre era un alegre cuadrado rojo.

Su padre era un cuadrado verde. Era grande, amable y cariñoso.

Sus hermanitos eran de muchos colores: amarillo, negro, naranja, rosado y morado. Eran juguetones y les gustaba divertirse. Y casi siempre todos estaban contentos. Es decir... todos menos el cuadradito azul.

¡A él no le gustaba ser un cuadrado!

¿Por qué no será un círculo? Bueno..., un círculo.

O, ¿por qué no será un óvalo? Bueno..., un ovalito.

Pero, no quiero ser un cuadradito. ¡No me gustan mis puntas!

—No se llaman puntas. ¡Se llaman ángulos!

—dijo su abuelo, un anciano cuadrado color café.

—¡Ángulos!— dijo el cuadradito. ¡Ángulos! Mi abuelo es viejo y sabio. Lo recordaré.

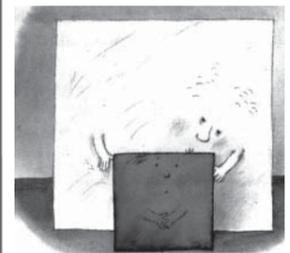
Pero, de todos modos, ¡no me gusta ser un cuadrado!

—Ven— dijo su abuelita, que era arrugadita y muy cariñosa. —Te voy a contar un secreto... ¡Ser un cuadrado no es poca cosa!

—Si te pliegas por la mitad, ¡puedes ser un rectángulo!

—Si te paras de cabeza y te estiras, ¡puedes ser un rombo!

—Si cuando estás parado de cabeza, te pliegas por la mitad, ¡serás un triángulo! Y si quieres, y te esfuerzas, puedes llegar a ser muchas cosas hermosas: un molinete que juega con el viento, un barquito que navega en el mar... o una pajarita de papel, para volar y volar... tan alto y tan lejos como quieras.



El español Ulises Wensell ha ilustrado varios libros de Alma Flor.